

Javier Sáez Castán

Reseña encontrada en un parque público

Si usted es de esas personas que recogen naipes por la calle, o que prestan atención a fragmentos de conversación que proceden del interior de una casa, o que se detienen en la lectura de un viejo certificado fiscal como si se tratara de una novela de misterio, tal vez me comprenda y considere mis investigaciones dignas de ser tenidas en cuenta. Si por el contrario no han incurrido jamás en ninguna de esas prácticas y las consideran como propias de sujetos infantiloides, es posible que se encojan de hombros y abandonen la lectura en este mismo momento en beneficio de actividades más constructivas o amenas.

Sea como fuere, me propongo reseñarles un librito de poco peso y tapas amarillentas que acaba de llegar a mis manos. No viene recomendado por ningún amigo ni precedido por crítica alguna ni aparece en las listas de los libros más vendidos. Todos sus méritos se resumen en que ha llegado a mis manos por casualidad, en que es poco más que un cuaderno escolar o un manual de instrucciones descolorido, en que su tipografía es borrosa e impersonal, pasada de moda. Lo miro, y es casi como si no lo viese. Lo sacudo, y el polvo que desprende es de una consistencia casi inmaterial, como esos mesones y quarks que esquivan a los sabios rebotando entre lo probado y lo inexistente. Lo sopeso y apenas percibo la suavidad de su roce, como si se esca-

En su cubierta aparece o se desvanece su título, *Reseñas*, y esta coincidencia me hace sonreír: al fin y al cabo es eso lo que me propongo hacer, reseñarlo. ¿Me reseñará alguien después a mí, algún día? Imagino una débil cadena de reseñas suspendida en el aire como una sonrisa flotante, una versión escrita del juego de las muñecas rusas adecuada para alguien que, como nosotros, no tiene nada mejor que hacer en este momento. Por otra parte no hay mención al autor, como si se tratara de un documento oficial de rango inferior. No hay ilustración. La firma editorial no se distingue por su tipografía ni va acompañada de marca alguna; su nombre suena curiosamente contemporáneo, como si el librito fuera pese a todo de reciente publicación: *Papeles sobre la marcha*.

Nos ponemos, pues, en marcha, abrimos el libro y nos disponemos a averiguar a qué se refieren esas reseñas que el autor anónimo ha tenido a bien compilar; es una tarde de agosto y pensamos que la fortuna nos es propicia al dispensarnos distracciones como ésta, pues hace calor y nos sentimos inclinados a perder el tiempo.

Muy pronto la intriga deja paso al aburrimiento extremo. No hay preámbulos: lo primero que se reseña es una quiniela entendida como un género literario, luego se hace un repaso a distintos modelos de tarjetas de visita, se profundiza en el análisis de un temario para oposiciones al cuerpo

de correos, se dan varias hipótesis para descifrar pasajes particularmente oscuros del *Boletín Oficial del Estado*, se saluda el sentido de la trama y la acción en un calendario de sobremesa, se encuentran en listas de la compra “los destellos de la auténtica poesía”... y en seguida nos asalta la duda: ¿vale la pena detenerse a comentar este marasmo de pequeños ruidos escritos? ¿Conforman todas esas lecturas una “experiencia literaria”, semejante a la que se deriva de la lectura de una novela? Pese a todo el entusiasmo que a veces ponemos en lo casual, en lo inútil, en lo fragmentario, no queda más remedio que responder: “No”.

Unas pocas páginas más allá, nos sorprenden de pronto las eruditas notas a una partida de nacimiento, como si los breves datos que nos aporta probaran en verdad una biografía. Aparece fotocopiada, y todo parece indicar que se trata de un documento oficial. La simple mención a un sujeto, a una historia, despierta un poco nuestra adormecida atención. Pero pronto volvemos al sopor: el nombre está desdibujado por el moho y resulta imposible leerlo. Aún así cabe preguntarse: ¿es ésta la partida de nacimiento del propio autor? ¿Ha querido divertirse a nuestra costa introduciendo algunos datos sobre su nacimiento de rondón? ¿Se trata, en fin, de una indagación semiológica rigurosa o del desvarío de un perturbado?

No siempre es posible establecer la diferencia, y la lectura de las prolijas notas que acompañan al documento nos hacen desistir de averiguarlo: a su manera cansina, prolija, notarial, el autor certifica todo lo que lee, pero no hay más. A punto de pasar la página, compruebo con divertido desconcierto que la fecha de nacimiento coincide con la mía: por fin una casualidad notable, un hallazgo apropiado para alguien que se agacha por la calle a recoger una invitación a un cumpleaños, una solicitud de empleo rehusada, una fotografía de carnet perdida.

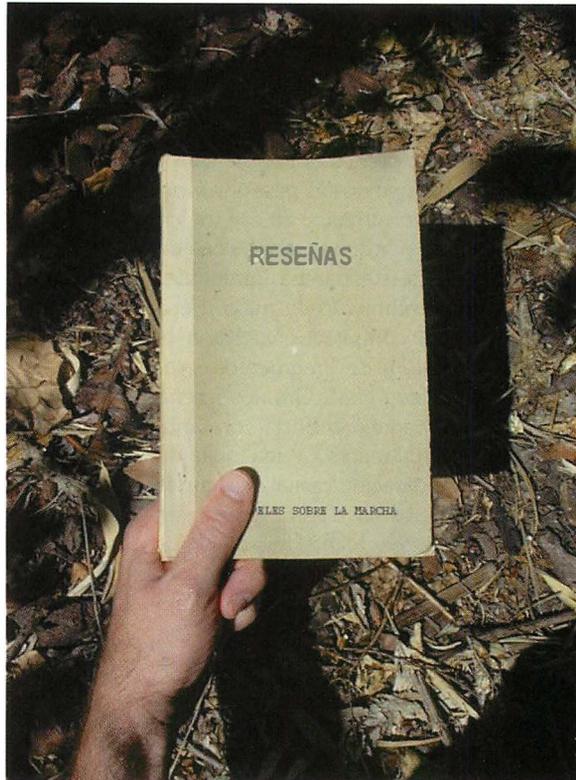
Pasamos más páginas: el autor se adentra ahora en una breve composición escolar titulada *El verano*. Su atractivo es escaso y la repetición de viejos lugares comunes, tediosa: el canto de la cigarra, la siesta, las tardes interminables. Uno tiene la vaga sensación de haber podido redactar estas líneas hace mucho tiempo, aunque cueste reconocerse en ellas, como en una vieja fotografía escolar descolorida. El comentarista encuentra por el contrario algún motivo de alegría en la aplicación del escolar. “Su tono voluntarioso nos conmueve –dice– casi oímos crujir el lápiz entre los dientes del niño al que no se le da demasiado bien escribir, pero lo intenta.”

Para qué negarlo, esos poemas infantiles poseen sin duda algunos méritos, el mayor de los cuales tal vez sea inducir a la siesta estival en cualquier momento del año.

El librito, que se nos antojaba ligero, parece haber adquirido un peso insoporrible. Nos amodorrarnos, y en ese trance cuesta entender por qué no se nos cae de las manos. La siesta parece inminente, como un acontecimiento cósmico. Pero he aquí que el compilador vuelve a la carga con su batería de “fragmentos certificados de una biografía”. Ora nos reseña una baja en la Seguridad Social, ora analiza la prosa de un recurso a una multa de tráfico. La comparación casual de algunos de estos datos nos hace comprender que seguramente pertenezcan al mismo individuo, y el motivo oculto en *Reseñas* comienza a revelarse, como un dibujo secreto en un tapiz persa, aunque sea “made in China”: ¿nos encontramos ante la autobiografía de alguien que de pronto ha sentido el intenso pánico del que no consigue despegar de un sueño en el que no existe? ¿Son estos números de cuenta o de la tarjeta SIM mensajes encriptados que se proponen desesperadamente convencer a los demás –o a uno mismo– de ser alguien?

Sí, tal vez el autor de este sórdido librito no intente otra cosa que proclamar su pretendido derecho a “un lugar bajo el sol”... pero desgraciadamente no logra convencernos: por razones opuestas al suntuoso anonimato bajo el que se exhiben Pynchon o Salinger; el compilador, bajo la máscara de sus abundantes datos, se nos presenta como un personaje imposible, quimérico. Todo su afán documentalista no logra ocultar el hecho palmario de que de ningún modo ha conseguido hacerse con una verdadera biografía: ¡con lo fácil que es salir al sol y vivir, con lo eficaz que resulta salir al encuentro de cualquier desconocido y decirle “hola”, la prueba inapelable! Pero este pobre papanatas se pierde en espesas divagaciones, entreteje su propia sustancia con laberintos sin cuento en algún lugar indecible que no podemos calificar como real ni como imaginario.

Avanzamos a través de las últimas páginas de este insignificante librito con abierta desgana. Ya no se puede decir que verdaderamente leamos, sino más bien dejemos que sus páginas se arrastren, como si se tratara de una de esas tardes de verano de categoría mítica, pues en verdad las tardes de verano transcurren al mismo ritmo regularmente acelerado del resto del tiempo. Pasamos las páginas, decimos, y encontramos cierta dificultad en separar



las últimas, las que nos conducirán de nuevo a la maravillosa realidad ordinaria, la que nos espera siempre como una novia fiel. ¿Otra categoría mítica? Confiemos en que no.

Hay que hacer un esfuerzo suplementario para despegar esas páginas, extrañamente intangibles, casi de papel cebolla, y ese esfuerzo se traduce en una sensación de picor en las yemas de los dedos, como si la proximidad de la realidad —¡por fin!— muy pocas páginas más allá, estimulara nuestro deseo adormecido de asomarnos a ella. Así le ocurre al perro viejo, que se impacienta al otro lado de la puerta cuando volvemos a casa, la araña y lloriquea, venteando el aire de la calle que anhela respirar.

La última reseña reseña un libro titulado precisamente *Reseñas*. El corrector de textos se obstina estúpidamente en recomendarnos que no insistamos en la palabra, pero la primera vez se trata de un sustantivo y la segunda de un verbo; en fin, de una u otra forma ya es bastante con tener que comentar un libro titulado *Reseñas* para encima encontramos con semejante postre en forma de bucle, como uno de esos pastelillos bávaros: la aparición en un libro titulado *Reseñas* de una reseña de un libro titulado *Reseñas*...

Pero un momento... detenemos la lectura con un escalofrío... con la sospecha de formar parte del bucle, con la extraña sensación de no saber si lo estamos le-

yendo o escribiendo o simplemente soñando... hasta que fatalmente procedemos a la lectura de la última reseña, la que nos hiela la sangre en las venas, la que hace de este rutinario ejercicio un monumento al horror, en la estela de Lovecraft... o de Poe... retrocediendo al momento en que el lector-escriptor se dispone a ser devorado por un Mäelstrom indecible... pues... ¿qué está pasando? ¡Cielo Santo! ¡La Última Reseña avanza precisamente hacia nosotros como uno de los Innombrables! ¡Se adelanta hacia nosotros como una entidad sin origen! ¡El efecto del bote de "La lechera"! ¡El enigma del círculo vicioso! ¡La fantasía en espiral de Bach, la torva sonrisa de Escher, el teorema de Gödel, la indigesta recursividad de Hofstadter, todo junto! ¡No puedo soportarlo! ¡Por qué ha sobrevenido todo esto, precisamente en una publicación seria, de carácter profesional! ¿Qué tiene que ver con el tema de la realidad y la ficción? ¿Acaso podemos llamar a esto "verdad"? ¿Alcanza a ser "ficción" siquiera? ¿De qué lado queda, entonces? ¡Quisiera gritar "¡Aieeeeeee, Aieeeeeee...!", como en los viejos tebeos de terror, ¡pero no puedo! pues ¿qué liberación ofrece un grito escrito?

La esperanza se escabulle por una escalera de caracol. Tecleo con pulso tembloroso tratando de acelerar el final, pero el final es una ilusión inalcanzable, pues precisamente *Reseñas* es el libro que nunca logrará ser escrito ni leído, el Libro sin Rostro, termina con la propia reseña de *Reseñas*, la que tienen ustedes en las manos, la que nunca encontrará cumplimiento ni conclusión, la que ni siquiera podrá aliviarse en la aniquilación, la que comienza diciendo:

"Si usted es de esas personas que recogen naipes por la calle, o que prestan atención a fragmentos de conversación que proceden del interior de una casa, o que se detienen en la lectura de un viejo certificado fiscal como si se tratara de una novela de misterio, tal vez me comprenda" ... ◀▶

Nota: recogí este opúsculo en una tarde ventosa de final de verano, en un parque cercano al restaurante Capitol. Da la impresión de haber sido arrancado de un libro con precipitación. No aparece firmado y no creo que sea posible averiguar su procedencia. No estoy capacitado para opinar de qué orilla de la realidad procede. Solo puedo afirmar que un remolino lo arrojó a mis pies. JSC